

ciertamente, ninguna santidad sublime privada de aquel grado de abnegacion que va más allá de lo que prescribe el precepto, y de lo que absolutamente exige de todos el simple acto de evitar la culpa y sus ocasiones y preludios; pero no es este el asunto de que yo ahora estoy tratando. Al presente no estoy proponiendo lo que es perfecto, sino aquello que es fácil. Yo no intento conducir á las almas á la cumbre de la perfeccion espiritual, ¡libreme Dios de incurrir en tan loca presuncion ó tontería, que me atreva á pretender una cosa semejante! Como hijo que soy de San Felipe, yo no tengo que ver más que con el mundo, esto es, con las personas que viven en medio del mundo y procuran en él ser virtuosas, santificándose á sí mismas en las condiciones ordinarias de la vida. A estas es á quienes yo me dirijo, y á las que propongo para su aprovechamiento espiritual, no ciertamente cosas muy altas que sobrepujan á sus débiles fuerzas, sino cosas que, al mismo tiempo que embelesan con sus dulces atractivos y deliciosos encantos, tienden á reanimar el fervor de su corazon, á encender su amor y aumentar la suavidad que experimentan en la práctica de la religion, y observancia de los deberes que ésta les impone. Mi ánimo es hacer graciosa y espléndida la piedad á aquéllos que, á imitacion mia, necesitan de semejantes auxilios. Hé aquí mi único objeto; no me he atrevido á aspirar á cosas más levantadas. Si mi obrita solicitara, aunque no fuese más que á un solo corazon, á amar á nuestro Señor dulcísimo con un poquito más fervor; Dios entonces habría bendecido así á la obra como á su autor incomparablemente más de lo que se merecen.

TODO POR JESUS.

CAPITULO I.

INTERESES DE JESUS.

Jesus todo por nosotros y todo por amor.—Sus intereses, el objeto de la Confraternidad de la Preciosa Sangre.—Intereses humanos.—Intereses diabólicos.—Intereses de Jesus: 1.º en la Iglesia triunfante—2.º en la Iglesia purgante—3.º en la Iglesia militante.—Los cuatro principales: 1.º la gloria de su Padre—2.º el fruto de su Pasion—3.º el honor de su Madre—4.º el aprecio de la gracia.—No siguen la misma regla que los intereses del mundo.—No esperar de ellos resultados visibles.—La oracion, el medio principal de promoverlos.

SECCION I.

Jesus todo por nosotros, y todo por amor.

JESUS nos pertenece; y se digna ponerse á nuestra disposicion; y nos da cuanto somos capaces de recibir; y nos ama con un amor que no hay lengua que pueda expresar, ni criatura alguna que sea capaz de imaginar ni concebir; y condesciende á desear con un anhelo inefable que nosotros le amemos con puro y fervoroso amor. Sus méritos pueden llamarse nuestros como suyos; sus satisfacciones son

más que suyo, nuestro tesoro; sus Sacramentos no son otra cosa sino los medios que su amor inventara para comunicarse á nuestros corazones. Do quiera volvamos la vista en la Iglesia de Dios, allí está Jesus. Él es para nosotros principio, medio y fin de cuanto existe. Es nuestra ayuda en la penitencia; nuestro consuelo en el dolor; nuestro socorro en la tribulacion. Nada hay bueno, nada santo, nada bello, ni nada agradable, que no sea para sus siervos. Ninguno puede llamarse pobre, porque si quiere, puede tener á Jesus por su propia herencia y posesion. Ninguno debe dejarse dominar por la tristeza, porque Jesus es la alegría del cielo, y tiene sus mayores complacencias en habitar con las almas angustiadas. Podemos exagerar muchas cosas, pero jamás encareceremos debidamente nuestros deberes para con Jesus, ni el exceso de su tiernísimo amor hacia sus culpables criaturas. Si empleáramos toda nuestra vida en hablar de Jesus, nunca llegaríamos á agotar las riquísimas y suavísimas cosas que de El pudieran decirse. La eternidad no es bastante larga para aprender todo lo que Jesus es, ni para alabarle por todo cuanto ha hecho; mas no importa, porque en la eternidad viviremos siempre en su compañía, y ninguna otra cosa desearemos.

Nada nos ha escaseado Jesus. No hay facultad de su Alma purísima que no haya tenido que hacer en nuestra salvacion: no hay un solo miembro de su

Cuerpo santísimo que no sufriera por nosotros: no hay pena, oprobio é ignominia que en favor nuestro no apurara hasta las últimas heces de su amargura: no hay una sola gota de su Sangre preciosísima que no derramara por nosotros, ni latido de su sacratísimo Corazon que no fuera un acto de amor. En las Vidas de los Santos leemos cosas tan asombrosas sobre su amor á Dios, que ni siquiera nos atrevemos á pensar en imitarlas. Unos practicaron prodigiosas austeridades; otros pasaron toda su vida en un silencio sepulcral; éstos se arrobaban en suavísimos éxtasis y raptos; aquéllos eran amantes apasionados del sufrimiento y desprecio; los unos suspiraban y se consumían en una santa impaciencia por morir, y los otros hasta cortejaron la muerte, y exhalaban su postrer suspiro en medio de los más atroces tormentos de un martirio cruel. ¿No os sorprende cada uno de estos prodigios de amor? Pues bien; juntadlos todos en un solo corazon: concebid dentro de él todo el amor de Pedro, Pablo y Juan, el de San José y la Magdalena, el de todos los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes que ha habido hasta hoy; imaginaos que un milagro da resistencia á este corazon para contener tanto amor; añadid ahora todo el encendido fuego divino de los nueve coros de innumerables Ángeles, y hacedle, por fin, rebosar con la abrasada caridad del Corazon inmaculado de nuestra Madre querida, y todavía todo ese amor no se acerca-

rá, ni siquiera será sino una imitación mezquina del amor que Jesus tiene á cada uno de nosotros, por indignos y malvados que seamos. Conocemos nuestra propia perversidad, nos aborrecemos por nuestras culpas pasadas, y nos irritamos con nuestra ruindad y vileza; y Jesus, sin embargo, nos quiere con ese tiernísimo amor, y está pronto, si necesario fuese, según lo reveló á uno de sus siervos, á volver á bajar del cielo, para ser otra vez crucificado por cada uno de nosotros.

Lo verdaderamente asombroso no está en que nos amara tanto, sino más bien, en que se dignase amarnos. Considerando quién es Él y lo que somos nosotros ¿tenemos acaso un solo título á su amor, á no ser el exceso, y sin nuestro Jesus adorable, hasta la desesperación de nuestra miseria? No tenemos ningun otro título para con Él, sino aquellos que Él mismo, en su misericordia infinita, inventara en favor nuestro. ¿Puede haber cosa más odiosa, ni más ruin y miserable que nosotros? ¡Y no obstante, ámanos con tal exceso de amor! ¿Cómo es que siempre no nos ocupa esta única idea? ¿Cómo podemos tomar interes por otra cosa que no sea el tiernísimo amor de Dios á sus culpables criaturas? Es casi increíble que lleguemos á desempeñar nuestras tareas diarias, que gustemos de las criaturas, que no nos estorbe comer, ni beber, ni dormir, teniendo delante de nosotros, á todas las horas del día y de la noche, el objeto del más entra-

ñable amor y de la caridad más abrasada del Dios omnipotente, sapientísimo, santísimo, bellissimo y eterno. ¡Oh la más increíble de las más espantosas maravillas! Las bendiciones llegan casi á ahogarnos; las gracias se multiplican hasta sobrepujar al cálculo; las misericordias divinas se renuevan todos los días, y despues de todo nos espera la recompensa que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano concibió jamás. Esto por lo que hace á Jesus.

Y hasta hoy ¿qué hemos hecho nosotros por quien tanto trabajó en favor nuestro, y cuyo único objeto en todos sus actos no fué otro sino ganar nuestro amor? ¡Ah! fijamos la vista en un Crucifijo, y apenas nos conmueve: oímos hablar de las amarguras de su Pasión, y nuestros ojos permanecen enjutos y frío nuestro corazón: doblamos la rodilla para orar, y difícilmente conseguimos mantener fijo nuestro pensamiento en Jesus el espacio de un cuarto de hora: acudimos ante su [presencia soberana en el Sacramento augusto del altar, y sentimos postrarnos en tierra, por temor de manchar el vestido: vemos que otros pecan ¿y qué nos importa á nosotros, decimos, que sea Jesus ofendido con culpas ajenas? ¡Seguramente que bien poco nos interesa Jesus, cuando es tal nuestra conducta para con Él! Sin embargo, así sucede por desgracia. Seguimos nuestros caprichos, y hacemos siempre nuestra propia voluntad: nuestro principal objeto es gozar, y ocuparnos en cosas que

halaguen nuestro amor propio: afanámonos en procurarnos medios para pasar una vida regalona. Por lo que hace á la penitencia, se reserva para lo último. Es preciso que disfrutemos ahora de comodidades corporales y conveniencias mundanas; y la vida espiritual no debemos considerarla sino como una de esas consolaciones interiores, sin las cuales inquiétanos el corazón, por no hallarse en su centro. Si honramos á Dios, es por interes; si socorremos á nuestros hermanos ¡hasta en la caridad! nos buscamos á nosotros mismos. ¡Pobre Jesucristo! como solía decir San Alfonso de Ligorio, ¡pobre Jesucristo! ¡quién piensa en Ti! ¡quién promueve tus intereses!

Hé aquí, pues, el verdadero objeto de nuestra Confraternidad de la Preciosa Sangre—cuidar de los intereses de Jesus, y promoverlos por cuantos medios estén á nuestro alcance. Dificilmente habrá objeto alguno mundano de importancia que no tenga alguna asociacion para defender sus derechos y promover sus intereses. ¿Por qué, pues, no habrían de tenerla igualmente los intereses de Jesus? La ciencia tiene sus academias y sus juntas respectivas: asóciense los hombres entre sí con objeto de hacer triunfar algunas de sus favoritas opiniones políticas: crean compañías de caminos de hierro, de vapores y minas, ¿y todavía no habíamos de abrir una oficina para despachar los negocios de Jesus; para defender sus derechos y fomentar sus intereses? Pues no olvidéis que este es

cabalmente el fin de la Confraternidad de la Preciosa Sangre. Al entrar en ella es preciso que dejemos á la puerta nuestra voluntad: nada propio tenemos; todo es de Jesus. Tal es la obligacion que nos imponen sus intereses.

Esto supuesto, tratemos ahora de formarnos una idea exacta de los intereses de Jesus; de otra suerte, nada podremos hacer para aumentarlos. Nunca el hombre trabaja á ciegas; menester es que conozca siempre lo que tiene entre manos. Vosotros sabéis lo que es tomar interes por alguna cosa. Si dirigís una mirada por el mundo, veréis que todos tienen algun interes predilecto: en el mundo casi existen tantos intereses como personas hay en él. Todos vosotros tropezais en las calles con alguno que va tras un objeto cualquiera: lo conoceréis en su semblante, en la viveza de sus ojos y en su paso acelerado. Sea ese objeto político, literario, mercantil, científico, de pura ambicion ó inmoral, es lo cierto que todos toman á pechos el interes de su eleccion, y que desempeñan á las mil maravillas su cometido. Por él trabajan con desvelo todo el dia; pensando en él se van á la cama; con él sueñan, y con él despiertan por la mañana. Aun en domingo son más bien sus manos las que descansan, que su cabeza y corazón. Ved lo que los hombres proyectan ahora para abolir la esclavitud, obtener libertad de comercio, acometer empresas colosales, facilitar las comunicaciones y construir nuevas

líneas férreas. Es, pues, indudable que los hombres tienen un sinnúmero de intereses en el mundo, que están apasionados por ellos, y que por ellos trabajan hasta con frenesí. ¡Oh, si trabajásemos así por Dios, por nuestro bonísimo, misericordiosísimo y eterno Dios!

También el demonio tiene sus intereses en el mundo; se le ha permitido formar una monarquía en oposición á Dios, y como todos los soberanos de la tierra, posee una multitud de intereses. Así es que tiene agentes por todas partes, espíritus invisibles, diligentes, activos, que hormigúean en las calles de las grandes poblaciones para hacer prosperar los intereses de su rey. Solicitan á los trabajadores en el campo, y discurren qué pueden conseguir del monje en el claustro, y del ermitaño en su gruta. Hasta en los templos, durante la Misa, están afanosos, convidándonos con su comercio ilícito. También nuestros hermanos se alistán á millares bajo la bandera del diablo: no pocos trabajan gratis en favor suyo; y lo que es más deplorable todavía, una gran parte hasta llega á persuadirse que está ejecutando una obra divina ¡tan buena é inocente es á sus ojos! ¡Cuántos católicos no censuran lo bueno, y critican de las personas piadosas protestando al propio tiempo que no consentirán jamás ser agentes del diablo! Los intereses del espíritu maligno son muy varios, solicitar al pecado mortal, inducir al venial, resistir la gracia, estorbar la con-

trición, retraer de los Sacramentos, fomentar la tibieza, desacreditar á las personas piadosas, obispos y órdenes religiosas; poner obstáculos á la vocación, divulgar chismes, distraer al pueblo de la oración, infundir en los hombres el amor de frivolidades y modas mundanas, hacerles malgastar su dinero en niñerías, adornos, joyas, papagayos, ricas porcelanas y elegantes vestidos, en vez de invertirlo en socorrer á los pobres de Jesús; excitar á los católicos á lisonjear á los poderosos, á poner toda su confianza en los príncipes, y adular servilmente al partido político que está en el poder; inspirar en su ánimo una desconfianza recíproca, y hacer que se ofendan y escandalicen unos de otros, como chiquillos ó fariseos; entibiar, en fin, la devoción á María, y persuadir á los hombres que el divino amor es una indiscreción y mero fanatismo; tales son los principales intereses que el diablo se afana tanto por adquirir y fomentar. Es verdaderamente asombroso ver con qué energía trabaja por ellos, y con qué refinada astucia y habilidad pasmosa los acrecienta en el mundo. Sería, ciertamente, una cosa digna de admiración esta prodigiosa actividad del diablo, si no nos hiciese temer por nuestra propia alma, y si todo cuanto se opone á Dios no fuese puramente odioso y abominable. Al rival del Criador se le permite, por secretos designios de la Providencia, lograr no pocos de sus perversos fines en esta creación que el Altísimo

una vez contemplara y bendijera en su amor inefable. Los intereses humanos ponen á un lado los intereses de Jesus, bien como cosas gravosas, y no raras veces, como objetos inútiles. Los diabólicos opónense abiertamente á los de Jesus, y do quiera prosperan aquéllos, bajan éstos ó desaparecen por completo.

SECCION II.

Intereses de Jesus.

Examinemos ahora los intereses de Jesus: echemos una ojeada por toda la Iglesia su esposa. Recorramos primeramente el cielo, ó la Iglesia triunfante. El interes de Jesus consiste en que se aumente por todos los medios posibles, y á cada hora del dia y de la noche, la gloria de la Beatísima Trinidad; y dicha gloria divina, llamada accidental, se aumenta con toda buena obra, palabra y pensamiento, con toda correspondencia á la gracia, con toda resistencia á la tentacion, con todo acto de adoracion, con todo Sacramento debidamente administrado ó humildemente recibido, con todo homenaje y acto de amor á María, con toda invocacion á los Santos, con toda cuenta de rosario, con toda gota de agua bendita, con toda señal de la cruz, con toda pena pacientementesufrida, con toda calumnia tolerada con resignacion, y con todo buen deseo, aunque no se ponga por obra. Todas estas cosas, como se hagan con devota intencion y en

union con los méritos de nuestro Señor amoroso, aumentan considerablemente la gloria divina. No se pasa una sola hora, así á lo ménos lo creemos, en que no arribe al puerto dichoso del cielo una nueva alma, procedente del purgatorio ó de la tierra, para empezar su eternidad de alabanzas y arrobamientos. Cada alma que aumenta la muchedumbre de adoradores, cada voz silenciosa agregada á los coros angélicos, es un grado más de gloria divina; y en el interes de Jesus está hacer que estos arribos sean cada vez más frecuentes, y que esas almas lleven consigo, á su entrada en la gloria, un riquísimo tesoro de merecimientos, y un grado muy subido de amor de Dios. Hasta en el cielo tiene la Confraternidad trabajos en que ocuparse, y ámplios poderes para llevarlos á cabo. El cielo es una de nuestras oficinas, y son innumerables los negocios que hay que despachar en sus magníficos estrados: negocios favorables á los intereses de Jesus; negocios que El tiene en grande estimacion, y por lo cual nos importa sobremanera no dejarlos de la mano.

Del cielo bajemos con la consideracion á ese vastísimo reino del purgatorio, con su emperatriz madre María. Toda esa innumerable muchedumbre de almas son las esposas fieles y queridas de Jesus; pero ¡en qué espantoso abandono de tormento sobrenatural no las ha dejado su amor! Jesus suspira por su libertad: anhela con vivas ansias verlas trasportadas de esa te-